



CAPÍTULO XIII.

En el cual, por fortuna del lector,
llegamos á la catástrofe clásica, con la que termina
la presente historia.

No tenemos afición á lo horripilante. Bajo el cielo azul de México, sin brumas que amamanten *spleen*, nuestra molicie tropical nos hace epicureos, y aun solemos concurrir al drama serio tomando el asiento del polichinela; pero no tenemos la culpa de que los acontecimientos se precipiten y se compliquen, trayendo naturalmente el fin de esta historia auténtica.

Mientras Angelita recibía la visita

del diablo, del que tan satisfecho había quedado Chucho el Ninfo, en la casa de Mercedes todos los preparativos anunciaban que el diablo haría muy bien en no aportar por allí.

Perez, el diligente Perez, está siendo como de costumbre, el indispensable en la presente fiesta.

La pobre Elena contribuía también por su parte á aquel santo regocijo.

Las magras tías y doña Rosario, eran otras tantas operarias infatigables ocupadas en la realización del programa.

—Vamos á cuentas, decía la tuerta locuaz: Rosario y su marido dos, nosotras dos, cuatro, Elena y Perez, seis: se necesitan dos coches.

—¿Pero quién recibe aquí á Mercedes? objetó doña Rosario.

—Eso es! pues que esperen aquí Elena y Perez, quienes recibirán á las visitas y echarán los cohetes.

—Bueno! el caso es que acabemos.

El ruido de las escobetas obligaba á todos á hablar en voz alta, y toda la casa de Mercedes estaba en pleno desorden. Las tías hacían arcos de mascadas; doña Rosario dirigía la cocina, donde se preparaba el tradicional, solemne y succulento mole de guajolote. Perez como siempre, clavaba cortinas, ponía bandillas; y disponía ramos y guirnaldas de flores.

Pablito no aparecía en escena, porque estaba muy ocupado en aquellos días en consumir muchas tazas de café, á fin de que le salieran muy buenos unos versos que iba á decirle á su hermana el día de la fiesta.

Todo era alegría y animación; todos estaban allí libres de Chucho el Ninfo.

Elena estaba triste y retraída; y cada uno de aquellos preparativos le recordaba que su hijo había sido la cau-

sa de un trastorno de familia que, á Dios gracias, no había tomado mayores proporciones; pues á tiempo se había recurrido á san Judas Tadeo y á los ejercicios espirituales, que según expresiones de la señora doña Rosario eran el *sánalo todo*.

Pablito, que era escritor, le había enmendado la frase á su mamá.

—Diga usted *panacea universal*, eso es más pulcro.

Doña Rosario atendía poco á razones de este género, por pensar en que los matrimonios de sus dos hijas iban desde aquel día, á caminar con viento favorable hácia la paz y la tranquilidad domésticas.

—En el matrimonio de Mercedes, ésta, que estaba á punto de resbalar, decía doña Rosario, ya está en paz y en gracia de Dios, y no se volverá á meter en otra; además, el señorito de

marras ya está advertido por Perez de que este es negocio concluido. En cuanto á Angelita ya el pobre de Gonzalez su marido, está también purificándose, pues aquel matrimonio se resentía por la parte masculina; de manera que los dos tentados del enemigo malo están á buen recaudo, y quedando gracias á Dios, tan limpios como una patena.

Llegó, por fin, el día de la fiesta.

Merced había palidecido horriblemente en los nueve días de expiación, y su voz había perdido el timbre sonoro y argentino que le era habitual; parecía que una mano inexorable había corregido los perfiles de aquella cara tierna y simpática para darle una expresión de dolor y de concentración que no se podía contemplar con indiferencia.

Mercedes era otra. Solo su presencia ahogaba la expansión de los concu-

rrentes á la fiesta. En el almuerzo reinó cierto silencio embarazoso é inexplicable; había momentos en que solo se oía el ruido de los cubiertos.

Las miradas de Mercedes eran tan tristes que inspiraban respeto.

—¿Qué te ha sucedido en las cejas, muchacha? le preguntó D. Pedro María poniéndose los anteojos para verla mejor.

—Efectivamente, agregó doña Rosario, yo la veía algo raro á mi hija y no sabía que era ello; pero ya caigo, efectivamente tienes cambiadas las cejas.

—Estarán despeinadas, dijo la tuerta Mercedes se pasó la mano por las cejas.

—No, no es eso; es que las tienes menos arqueadas, dijo doña Rosario.

—Es la luz, dijo Perez.

Y no era ni la luz ni el peine el mo-

tivo de aquel cambio; era que Mercedes estaba bajo la impresión de una de esas emociones profundas, que despedazando lentamente el corazón, rebosan en las líneas de la fisonomía contrayéndolas para armonizar la expresión con el sentimiento. Mercedes sufría horriblemente, y un pensamiento fijo y calenturiento imprimía en sus miradas esa vaguedad atónica del ser devorado por un pesar intenso; efectivamente, en esta expresión encuentra el pintor en el *viaje* de las cejas un gran recurso, y la naturaleza que se sobrepone á los artistas ya se había encargado de modificar las cejas de Mercedes.

—Ya le había yo notado también algo en la boca á Mercedes, dijo Elena, rompiendo un largo rato de silencio.

La boca de Mercedes entreabierta

se contraía de esa manera peculiar del dolor; y efectivamente había cambiado.

No obstante, Mercedes hablaba con todos, se sonreía y aparecía obsequiosa, amable y atenta; pero su gesto tenía algo de fatídico, que se trasmitía magnéticamente á todos.

En estos momentos fue cuando Pablito desdobló su cartapacio y leyó sus versos.

No queremos trasladarlos aquí, por no abusar de la paciencia del lector, y porque las faltas literarias de aquellos versos no son precisamente el punto sobre que debemos llamar la atención.

Los versos, malos como eran, vinieron á determinar la reacción de los espíritus hasta entonces vacilantes é indecisos. Todos lloraron.

Merced le pidió en vano una lágrima á sus ojos ardientes... ya no tenía lágrimas...

—Estas son pesadeces de Pablito, dijo la tuerta después de un largo rato de sollozos, haciendo brillar su ojo inflamado y vidrioso; ¡hacernos llorar á todos! pero Dios te conserve tu talento, mi alma, y tu buen corazón y todas tus virtudes.

—Gracias, tia, dijo aun conmovido Pablito.

—De modo y manera, dijo D. Pedro María, que el mole se aguló con lágrimas. Vamos, vamos, ya pasó señores, ya pasó, y lo único que debemos hacer es dar gracias á su Divina Magstad por sus inmensos beneficios.

—¿Dar gracias? gritó doña Rosario, ¿gracias? pues á la Villa todos, allí se las daremos á nuestra Mardre Santísima de Guadalupe.

—Muy bueno, muy bueno, así me gusta, dijo D. Pedro María, nada de lágrimas. El domingo á la Villa, vamos

á la iglesia y á almorzar enseguida al cerrito.

—¡Ay, el chito con salsa borracha, que me muero por él! dijo doña Rosario y el domingo sale Gonzalez de ejercicios.

—Ese día sale; dijo la tuerta.

—Bueno, pues juntamos las fiestas y por ahora á beber á la salud de los ejercitantes.

—Afortunadamente, dijo muy bajo doña Rosario á su hermana, Cárlos ha estado ausente.

—Otro milagro de san Judas indefectiblemente, porque si hubiera estado aquí, contestó la tuerta, nada hubiéramos podido hacer.

El día se pasó tranquilo en aquella casa, en la que repétidas veces echaron de menos á Angelita á quien todos suponían enferma; de manera que doña Rosario más cuidadosa en el caso

que las demás, se escurrió con objeto de visitar á Angelita un rato y volver en seguida.

La tuerta que para verlo todo, le sobraba con su ojo colorado, siguió á doña Rosario.

Conduciremos al lector á la casa de Angelita, para que se entere tambien del estado de su salud.

Angelita después que la hubo visitado el diablo, acabó de romper su crisálida y apareció á sus propios ojos como una mariposa verdaderamente acabada de transformar. Para Angelita el mundo era nuevo y lo que al principio fué obra de una fascinación incomprensible, para ella comenzó á ser la más abierta aceptación de su derrumbamiento.

A Chucho el Ninfo le habían bastado los pocos días de ausencia de Gonzalez para dar todo el escándalo posi-

ble, para contar sus amores á Pío Blanco y á Pío Prieto, y para publicar por cuantos medios le fueron dables, su fortuna.

Doña Rosario, con la idea de darle una agradable sorpresa á su hija, prohibió á los criados que la anunciaran.

Un momento después había cuatro figuras inmóviles formando un cuadro.

Angelita estaba vuelta de espaldas, ocultando el rostro entre sus manos.

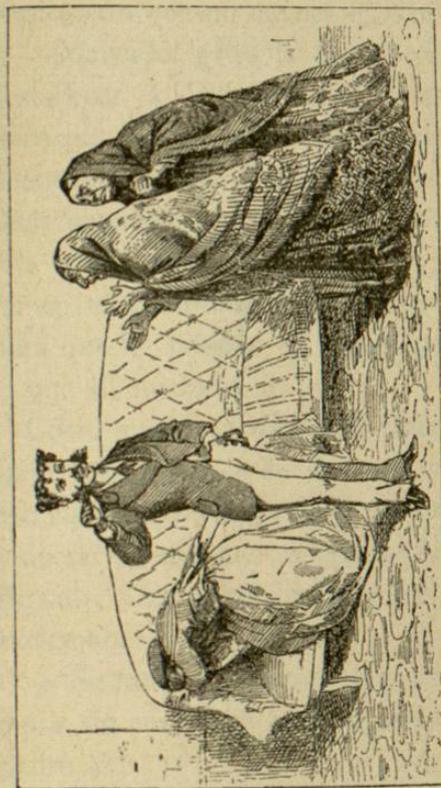
Doña Rosario estaba horriblemente pálida, sin poder articular una palabra.

La tuerta era de piedra, excepto su ojo que parecía una linterna.

Y de pié, con la mirada altiva y la sonrisa en los labios, estaba frente á frente de D.^a Rosario Chucho el Niffo....

Hubo un rato de horroroso silencio y de inmovilidad.

Un temblor nervioso comenzó á agi-



Hubo un momento de horroroso silencio....

tar á D.^a Rosario, y su hermana la socorrió para que no cayera en tierra.

—¡Malvado! gritó la tuerta viendo desfallecer á D.^a Rosario, ¡socorro! ¡socorro! y en seguida se desató en denuestos contra Chucho, que permanecía impasible. Acudieron los criados; y la tuerta, ciega de cólera y sin reparar en el escándalo, dijo lo bastante para que los criados se enterasen de lo que allí acababa de pasar.

Costó mucho trabajo que doña Rosario volviera en sí de su desmayo, y eso cuando ya estaban allí un médico y un sacerdote, que los criados habían llamado á los gritos de la tuerta que exclamaba:

—¡Se muere mi hermana! ¡y se va á morir sin confesión! ¡pronto, pronto! un padre.....

Angelita comenzaba á perder el juicio: no se daba cuenta de lo que hacía.

En cuanto á Chucho, se había salido, casi sin ser notado.

La noticia se trasmitió como por telégrafo, á la casa de Mercedes; y media hora después, entraban D. Pedro María, Pablito, Elena, Perez y la tía sorda, que preguntaba á gritos que había sucedido.

—Que se ha enfermado doña Rosario.

—Será el cólera.

—Puede ser, le contestaron y á pocos momentos, la casa de Angelita fué un campo de Agramante.

D. Pedro María también se había accidentado: y Angelita era presa de convulsiones nerviosas, se desgarraba los vestidos y luchaba con las fuerzas de un loco, en los brazos de Perez, de Elena y de todos los criados de la casa, en donde todo era confusión, gritos, ayes, sollozos y desórden.

Cuando Gonzalez salió de la casa de ejercicios, no almorzó mole de guajolote, pero se desayunó del estado lastimoso en que se encontraban su casa, su mujer y sus asuntos; y de contrito penitente, se convirtió en insoportable energúmeno, y no hubo poder ni razón suficiente que lo hiciera desistir de la idea de matar á Chucho el Ninfo.

Buscólo por todas partes, y al fin acertó á dar con dos amigos suyos que se encargaron de que el presunto asesinato, tuese con los requisitos que las leyes del honor prescribe en tales casos.

Chucho el Ninfo fué sorprendido en su tocador, y no con un pomo de pomada de rosa, sino por la visita de los padrinos de Gonzalez.

Chucho se demudó, y pudo medir en su interior el grado de valor personal que el cielo le había puesto dentro de

aquel cuerpo perfumado y elegante; pero como la fisonomía de Chucho, en fuerza del estudio que éste había hecho de sus contracciones, no se prestaba á las transiciones rápidas, por temor de aparecer feo alguna vez, el Ninfo oyó á los padrinos con la serenidad de un *gentleman*.

Le faltaba á Chucho este toque característico de la raza ninfea, y holgóse en su interior de la ocasión que le proporcionaba desmentir su fama de afeminado.

Chucho quería alcanzar en el duelo lo que en los amores, la publicidad; de manera que no se apresuró á concluir, sino que retardó lo más posible sus contestaciones, para dar lugar á que aquel acontecimiento llegara á oídos de todos.

—Desde luego, dijo Chucho á los padrinos, no rehusó los lances á que

se me provoca; pero esto de batirse con maridos es ventajoso; yo nada pierdo..... pero el Sr. Gonzalez....., en fin, cada uno es dueño de su nombre, y si por este medio logra quedar satisfecho, estoy dispuesto á darle gusto. Por otra parte, yo tiro bien, y creo llevar esa otra ventaja; pero no obstante, si se me reta, sobre mí no caerá la responsabilidad, ni la nota de cobarde. Ruego á ustedes por lo tanto, que me permitan diferir mi contestación definitiva á un término prudente.

Los padrinos quedaron complacidos de la manera con que Chucho los recibió, pues llegó su amabilidad al grado de enseñarles sus armas y algunas pinturas obscenas, que entretuvieron á los padrinos de Gonzalez en la casa de Chucho, más de lo que ellos hubieran querido.

Chucho estaba pasando algunos días

por una disposición de ánimo, curiosa de estudiar.

Chucho se sentía á sí mismo horriblemente cobarde: considerarse atravesado por una bala y agonizante, era una pesadilla que lo hacía estremecer á sus solas; pero este sobresalto se convertía en deleite desde el momento en que Chucho era el centro de un corrillo curioso y preguntón. Entonces Chucho se daba el aire de un gran señor, de un gran duelista, de un gran Tenorio, y se olvidaba del miedo; llevaba á sus amigos al tiro de pistola y les daba de almorzar después de haber partido algunas balas enviadas al filo de un cuchillo.

—¡Pobre Gonzalez con la puntería de usted! le decía Pío Prieto, abriendo su inmensa boca.

—Por todo México no se hablaba más que del duelo de Chucho y Gon-

zalez; tema de que se hacían cien ediciones y paráfrasis, dando unos por hecho que Gonzalez había muerto, otros que Angelita se había suicidado, otros que Chucho estaba mal herido, y corrían mil y mil versiones, en fin, á cuales más contradictorias.

A la sazón llegaba por la diligencia el coronel Aguado; venía de la Tierracaliente, consumido por calenturas intermitentes.

Venía pensando en sus hijos y fué á parar á la casa de Elena.

Aguado, amarillo y tembloroso, se paró frente á la cama en que estaba Elena, presa á su vez de una fiebre, que según ella, había atrapado en casa de Mercedes, y declarada en virtud de la complicada situación de su hijo Chucho.

Aquellos dos enfermos juntaron sus manos ardientes y secas, y se vieron como dos tristes viajeros.

La verdad estaba ante ellos dos, inmóvil como sus dos hijos, y su imaginación calenturienta recorría el pasado con la precipitación con que se hojean ciertos libros á la cabecera de los moribundos; aunque la muerte todavía no levantaba sobre ellos su guadaña; pero una campana, la campana de los muertos, sonaba en esos momentos más en el corazón que en los oídos de aquellos enfermos.

La muerte, la muerte inexorable había venido después del diablo risueño y sagaz, á arrojar oleadas de amargura sobre los personajes de nuestra historia.

D. Pedro María había caído en la cama y los médicos desesperaban de salvarlo de un ataque cerebral que lo tenía postrado, y que iba tomando los síntomas alarmantes de *un negocio concluido*, según expresión de los mismos médicos.

El Dr. Rodríguez, activo, enérgico é inteligente, luchó heroicamente contra la formidable invasión de la enfermedad; siempre listo, siempre tranquilo como el general en la comprometida maniobra, atendía á todos los detalles á todos los síntomas, y poniendo en juego todos los recursos de la ciencia; tenía la orden clara y precisa en los labios, y la precaución y el tino necesarios en todas las peripecias; una esperanza para los débiles, y una mirada elocuente para los que tenían entereza para saber la verdad; fijó la hora de la agonía, vió venir á la muerte, y firme en su puesto, detuvo día por día y hora por hora el espíritu que se iba irremisiblemente. ¡Jamás la muerte tuvo triunfo más costoso!

Angelita enferma en su casa, no recibió la última bendición de su padre; Mercedes recibió el último aliento de

D. Pedro y oró con la efusión más tierna, con la concentración del dolor más profundo; y entre sus anteriores impresiones y dolores las impresiones de aquel trance amargo é inolvidable habíase realizado el tipo de la plegaria íntima y verdadera.

Merced era por sí sola una oración; el sentimiento había exaltado su facultad de elevar el espíritu; y Mercedes se perdía, se ensimismaba en el mundo de sus ideas, como en los sopores de esos sueños de la fiebre en que nos sumergen en profundidades de que no nos damos cuenta.

Solo la tuerta mantenía de pié la estatua de Momo en medio de aquella desolación, en fuerza de hablar, de preguntar y de meterse en todo.

En cuanto á Perez, solo diremos que había llegada al colmo de la actividad y vivía en medio de una complicación

asombrosa; partícipe en el duelo de Chucho, en la enfermedad de Elena, en la muerte de D. Pedro, en los ataques de nervios de Angelita, salía de la parroquia y entraba al panteón, llamaba médicos, iba á las boticas, curaba los cáusticos, ponía altares, llevaba santos, velaba á los enfermos, alquilaba cera y lo hacía todo por encargo de todos.

Algunos días después de estos acontecimientos, el luto reinaba en todas partes.

Elena se había casado *in extremis* y los niños Aguados habían quedado legitimados.

Perez acompañó al panteón de san Fernando el cuerpo de Elena, y lloró allí, solo, durante algunas horas.

La casa de D. Pedro María se convirtió en oratorio, pues de todas partes enviaban imágenes de santos. Los

sacramentos fueron ruidosísimos, pues hubo música y concurrencia de los hermanos de la archicofradía del Rosario.

El entierro se verificó con mucha pompa, debido á la actividad de Perez, que no olvidó detalle ni circunstancia.

En la mañana de ese día, Gonzalez acababa de perder el brazo derecho, tras pasado cerca del hombro por una bala, y se había resuelto la separación completa de Angelita.

Chucho el Ninfo supo en el Tívoli de san Cosme, la hora en que sepultaron á D. Pedro María y la amputación del brazo de Gonzalez, y en lugar de arrojarle á las llamas con sus queridas y sus tesoros como Sardanápalo, Chucho se emborrachó hasta la absoluta postración y lo llevaron en la noche á su casa, ocultándolo de D. Francisco.

A las doce de la noche, todos dor-

mían en la casa de D. Pedro María. Solo Perez velaba.

Allí habían llevado á Gonzalez herido, y Perez había servido de ayudante á los médicos.

Merced rezaba aún: el sueño y las lágrimas habían huido de sus ojos.

Lectoras, Chucho el Ninfo vive: buscadlo entre la turba de pollos que os rodea; pero no creais haberos librado de él tan luego como le hayais conocido. Chucho el Ninfo existe fraccionado como los miasmas; no me preguntéis quién es, porque no es ninguno, ni os consoleis pensando que el autor de este libro forjó un Chucho imposible, no: acordaos del Chucho de esta historia y temblad ante unos labios de hombre coloreados con carmín; temblad ante esos reptiles sociales, ante esos *coralillos* de mil colores, que se introducen en vuestro hogar, para llevaros su pon-

zoña; temblad ante esos elegantes tontos cuyo valor está encomendado á Paul Bergues y á Escabasse: la alta sociedad mantiene preciosos áspides que estais expuestas á acariciar en vuestro seno, porque son muy pulcros, muy bonitos y muy dulces.

Defendeos, orugas, armádoos de la crisálida de la verdadera virtud; estudiad los vínculos morales que guardan el cubilete de la felicidad y la desgracia de la vida, y pensad ¡oh flores peregrinas del vergel de mi patria! que puede traeros un negro más allá, el día menos pensado, un emisario de la desgracia que se parezca en algo á Chucho el Ninfo.

FIN DE CHUCHO EL NINFO.

ÍNDICE

	Págs.
CAPÍTULO I.—Perez, ó un amor desgraciado.	7
CAPÍTULO II.—De como se confecciona en regla un matrimonio.	29
CAPÍTULO III.—La luna de miel.	43
CAPÍTULO IV.—de como se carga en un matrimonio una batería de Buntzen, para cuando se necesite.	63
CAPÍTULO V.—Chucho el Ninfo hecho pollo.	85
CAPÍTULO VI.—En el que anudando el hilo de la historia, volvemos á encontrar á nuestros personajes.	101
CAPÍTULO VII.—Otro matrimonio feliz que está preparando una erupción volcánica, para cuando la escena lo requiera.	125
CAPÍTULO VIII.—El amor considerado como artículo de primera necesidad.	143
CAPÍTULO IX.—El diablo.	163
CAPÍTULO X.—Las orugas, las crisálidas y las mariposas: el diablo, la naturaleza y el amor.	197
CAPÍTULO XI.—Continuación de la importante materia tocada en el capítulo anterior.	217